

ciales de la Convención, y los diputados se esparcieron por los salones, como si con sus asientos cedieran también su autoridad y soberanía. El entusiasmo no encontró ningún dique; las tribunas, de oposición á la continua se asociaban por instinto á todo lo más perturbador y á todo lo más anárquico. Por ende se asociaron á la increíble apoteosis de Marat. Este manifestó deseos de hablar con ademanes muy expresivos; pero los aplausos consagrados á su persona le impidieron usar su voz. Mas, insistente y tenacísimo, gesticuló con tan expresivos gestos, que llegó á lograr silencio y atención. «Legisladores de Francia, dijo; el día de hoy devuelve al pueblo un representante; pues todos vuestros derechos habían sido violados en mi humilde personalidad. Acusado, y absuelto, defenderé con toda mi energía, continuaré defendiendo, mejor dicho, los derechos del hombre y la soberanía del pueblo». El entusiasmo no le dejó continuar. Los sombreros de las muchedumbres á lo alto subían, mientras sobre ellas bajaban el menosprecio, cuando no el terror de los diputados. Los vivas traspasaron las paredes del recinto; dieron en los oídos del pueblo que las circuían: se pegaron á toda la inmensa procesión que aguardaba fuera, y tuvieron infinita resonancia en los senos de aquel delirante París.

Terminada la sesión, y cuando parecía colmado el triunfo, no estaban satisfechos aún sus innumerables idólatras, gozosos con delirar ante su bárbaro fetiche. Así, lo sacaron de la Convención otra vez en andas, y lo condujeron entre vivas, aplausos y ditirambos, por las calles principales de París todavía no recorridas. Llegados al sitio de las Alhóndigas, le ofrecieron una merienda en monstruoso banquete de gigantescas proporciones y de numerosos comensales. Concluida la merienda, lo transportaron al teatro clásico de sus sanguinarios triunfos: al club franciscano. En este recinto, donde mil veces propusiera la matanza de todos sus enemigos, le revino al cárdeno labio la palabra tópico de todos sus discursos; la palabra sangre. Cuantos asomos de sensibilidad mostrara entre las nubes del incienso popular en aquella larga procesión fetichista, se olvidaron. El ángel exterminador se impuso y sobrepuso al ídolo popular. El ronquido de la venganza reemplazó á los desahogos y suspiros de la gratitud. Bien es verdad, que la plebe lo incitaba con incitaciones múltiples al odio y al rencor. Los mueras de los girondinos henchían el aire por todas partes, como salidos del pecho de una muchedumbre, la cual, extraviada y corrompida, consideraba estos buenos republicanos como la causa primordial de todos sus males y como el origen primero de todas las desgracias que más aquejaban á la república francesa. Así, el entusiasmo llegó á demencia cuando Marat, extendiendo su brazo parecido al huesoso brazo de un esqueleto, juró exterminarlos, como si tuviera en sus manos el cetro y guadaña de la muerte. Al salir del tal espacio, había sobrevenido la noche, una noche bien clara y bien serena; radial contraste con el crimen que se perpetraba, como la noche aquella descrita por Tácito en cuatro rasgos sublimes, como la noche aquella en que mató á la Emperatriz Agripina su hijo Nerón. Los maratistas, después de haber paseado su

Marat al resplandor del día pleno, quisieron prolongar este día en la noche por medio de artificiales iluminaciones. Cuantos fueran en la procesión, tantos tuvieron su antorcha correspondiente y acompañaron al infame tribuno, como acompañan los devotos á una efigie sagrada ó á una litúrgica reliquia. Las calles todas, por donde iba, se iluminaban, como si fuesen aquellos días los aniversarios de la Bastilla ó los festejos de la federación. Llegado á su casa, un verdadero tabuco de aspecto, más que humilde, asqueroso, Marat exclamó: «He aquí mi palacio». Y entrado en su cuarto, cogiendo su pluma entre los dedos, añadió: «he aquí mi cetro». Pobre, como Rousseau, no he podido hacer otra cosa en toda mi existencia que manejar y esgrimir la pluma. Con esta pluma he trasladado la soberanía francesa del palacio de Versalles á la guardilla que habito». Cuando acabó todo aquel anárquico festejo, Marat sintió una inmensa fatiga, pródromo seguro de una enfermedad incurable. Las pupas de su rostro se le enrojecieron y exacerbaban, como si fuesen á gangrenarse; crecieron los epilépticos sacudimientos de sus nervios descompuestos; la fiebre se le subió á la cabeza después de haberle trastornado el estómago; los delirios conaturales á su estado febril, trajéronle una vigilia é insomnios continuados, en los cuales sólo veía como esbozo de cuadro disolvente, los girondinos sobre las tablas del cadalso, al pie del verdugo, bajo el cuchillo de la guillotina, pronto á caer sobre sus cuellos desnudos y sobre sus cabezas radiosas. He ahí las consecuencias del desastre infligido por las traiciones del canalla Dumouriez á los que le habían nombrado para la jefatura del ejército, y en ella le habían sostenido á riesgo de perderse. La colectividad popular no entendía de distingos, de reservas, de comentarios y explicaciones, de fechas. Dumouriez había traicionado á la patria; es así que Dumouriez pertenecía de suyo á la fracción girondina; luego esta fracción había traicionado á la patria y se necesitaba perseguirla, prenderla, exterminarla. No se discurría de otra suerte allá en los clubs, en las secciones, en el municipio, en los retenes, en las tribunas, en los jardines públicos, en los cafés de oposición. en todos los condensadores de la fiebre demagógica. Los raciocinios fáciles y sencillos, aunque se hallen tocados de alguna sofistería manifiesta, cautivan las muchedumbres y las arrastran al combate, donde muchas veces pelean, sin saber por quién pelean, y mueren sin saber por qué mueren. Y este raciocinio flotó sobre la procesión maratista. Un torrente lo arrastra todo en sus impetus; y torrente fuera sin duda el producido por la indignación popular contra la maltrecha Gironda. Los que fríos estaban, se calentaron y enardecieron al influjo de tanto entusiasmo, y los que neutrales se creían, dejaron su neutralidad bajo el acicate popular. La Gironda murió en aquella horrible jornada.

Nada más fácil, pues, al torvo fiscal Robespierre que un discurso de acusación, lanzado sobre los girondinos en aquellas horribles circunstancias, cuando se volvían á una contra ellos todas las populares pasiones. «Una facción poderosa, dijo, conspira con los tiranos europeos para darnos un Rey, asistido por una especie de constitución nacional aris-

ocrática y una representación ilusoria fraccionada en dos Cámaras. Esta facción quiere llevarnos á tan vergonzosa metamorfosis por las armas extranjeras y por las guerras civiles. Tal sistema conviene al gobierno inglés; conviene á Pitt, alma de semejante liga de tiranos; conviene á todos los intrigantes y á todos los ambiciosos de la tierra. Él complace con especialidad á los aristócratas y burgueses que abominan del principio igualitario y que tiemblan hasta por sus propiedades. Complace á los viejos nobles, deseosos de reencontrar en la representación aristocrática del Parlamento y en la corte del Rey restaurado los prestigios y los privilegios que habían perdido. El sistema de que hablo, era el sistema de Lafayette y sus compadres, todos conocidos bajo el nombre de fuldenses ó moderados. Este sistema continúa en aquellos que han heredado la pujanza y la influencia reaccionarias. Este sistema continúa en los que hoy ejercen el poder que tuvieron los antiguos lafayettistas. Algunos personajes cambiaron, mas el objetivo antiguo permaneció, siendo los mismos los medios de aquéllos y éstos, con una diferencia, que los continuadores han aumentado la copia de sus recursos y el número de sus adherentes. Todos los estadistas modernos representantes de primeros papeles dentro del escenario de la Revolución, todos han estado contestes en un método: defender los derechos del pueblo, mientras los habían menester para su propio engrandecimiento. Así cuando no los necesitan, los rechazan. Y todos han peleado en pro y en contra de los jacobinos, según el curso de los hechos y el imperio de las circunstancias. El mismo diez de Agosto intentaron lo posible y lo imposible, para que no fuera el Rey recluso en la fortaleza del Temple. Cuando lo vieron perdido, trataron de reanudar sus relaciones con la representación popular, proponiendo á la Asamblea legislativa la designación de un tutor y maestro para el Delfín. Al resplandor de estos hechos, los cuales constan en todas las actas y en todas las sesiones públicas y están en la historia de nuestros movimientos revolucionarios, reconoceréis á Brissot, á Guadet, á Vergniaud, á Gensonne, y á tantos y tantos muñidores hipócritas de la coalición reaccionaria. En el día siguiente á la noche del diez de Agosto calumniaban á la Comunidad revolucionaria, quien se había sacrificado veinticuatro horas antes al triunfo de la libertad. Y luego de proceder así, atribuyéronse todos los honores de este triunfo y alzáronse á una con todos sus provechos. Su primer acto consistió en llevar al ministerio, sus más célebres corifeos, como Servan, como Clavriere, como Roland, no cesando un punto de mentir y engañar así á Francia como á Europa, sobre las grandes aspiraciones y tendencias de una revolución que generara la República. Ellos calumniaron y delataron al pueblo parisién y á todos los ciudadanos enérgicos, principales cooperadores en la obra revolucionaria. Era necesario destruir este sublime hogar de republicanismos, este foco de luz resplandeciente, que se llama París. Y convinieron todos en pintar la inmortal ciudad, cabeza de Francia, como refugio del crimen y teatro del degüello, y en disfrazar de salteadores y asesinos á los ciudadanos valientes, cuyo valor temían. He ahí sus inacabables

declamaciones contra la justicia revolucionaria que inmoló á un Monte-Morin y á un Le-sart, con otros conspiradores, cuando los pueblos y los federados se movían á rechazar los alemanes venidos á Francia por culpa de tan aviesos traidores que les abrieran las líneas extremas de nuestro territorio. Durante cuatro meses detuvieron los procesos contra la tiranía y el tirano. ¡Cuántas sofisterías, cuántos embustes, cuántas engañifas, qué de maniobras maquiavélicas en todos los desarrollos de la causal! ¿Quién podría calcular los recursos empleados por Roland, las maniobras hechas, las conjuras urdidas para salvar al Rey, depravando el espíritu público, so color y pretexto de apiadarlo? Con cuál audacia esta facción protegía la vuelta de los emigrados y la reunión de todos los asesinos y de todos los perversos que hay en Europa dentro de París, y sólo para encender contra nosotros una guerra cruentísima en los campos de la Vendée».

«El justo castigo de la tiranía, continuaba Robespierre, único triunfo glorioso de la República, no les ha servido más que para detener un minuto su infatigable actividad contra la soberanía del pueblo. Engañados por sus conjuras y perdidos por sus intrigas, los generales mismos de la República nos han hecho traición. ¿Dónde se hallan hoy Lafayette y Dumouriez? Pues mil veces los acusó de traidores el patriotismo en los clubs. Mil veces predijeron estos clubs los desastres que traerían sus jefes militares sobre los ejércitos de la República. Los girondinos, únicamente los girondinos, de acuerdo con la corte y con los cortesanos, han comprometido á la nación en esta guerra horrible, á la cual se opusiera siempre la escuela jacobina. ¿Y cuál era el objeto y fin de tanto furor guerrero? Llamar la irrupción extranjera sobre nuestro suelo: encender la guerra civil en nuestros hogares; entregarnos á la venganza de los coligados. Sin la revolución del diez de Agosto realizaran los girondinos su plan, y la reacción, ayudada por los ejércitos extranjeros y por la traición interior, estaría hoy del todo triunfante. Dumouriez, su hechura, forzado por el vigor de la República, obtuvo un triunfo brillantísimo; y si tras la batalla de Jemmapes hubiera invadido inmediatamente Holanda, la conquista de este país fuera segura. Dueños nosotros de la flota holandesa, el gobierno inglés quedaba perdido y la revolución universal próxima en su desarrollo á difundirse por Europa. Lejos de invadir Holanda el general girondino, se detuvo en medio de su victoria ¿Y porqué se detuvo? Porque se lo mandó así vuestro Consejo Ejecutivo. Bajo estas órdenes vuestras, intentó cuanto le fué posible para impedir la ejecución de los dos decretos propagandistas; el decreto de diez y nueve de Noviembre y el decreto de quince de Diciembre, únicos que podían difundir y afianzar las conquistas republicanas. ¿Queréis pactar alianzas con el asesinato y la anarquía? Tal era la pregunta continua de Guadet y de Gensonné, entibiando el ardor de las emistades que nos ganáramos en los Países Bajos y deteniendo nuestros batallones victoriosos, hasta que los aliados sumasen las fuerzas que necesitaban para invadir nuestras fronteras. Las medidas tomadas por Dumouriez en los Países Bajos, tiraron todas con

verdadero cálculo á favorecer la reacción, hasta que ahito de las riquezas allegadas en sus depredaciones por Bélgica, y fuerte con sus alianzas extranjeras, confesó en alta voz sus designios de restablecer la monarquía y levantó el pabellón de su revuelta en el centro de un campamento republicano. ¿Y quién le acompañaba en su fuga veloz á extrañas tierras? ¿No era el joven Igualdad, primogénito del duque de Orleans? Y durante todo este tiempo, la comisión de seguridad general presidida por Vergniaud, no hizo más que retardar las medidas resueltas para conseguir la salvación pública, dejando á Dumouriez todo el espacio y todo el desahogo indispensables á la ejecución de sus traidores proyectos. Pido se lleven al Tribunal Revolucionario, todos los individuos de la familia de Orleans, llamada Igualdad: Sillery con su mujer, Valende y todos los dependientes de tal casa, encargando al Tribunal indague y requiera los cómplices de tanto crimen, sin exceptuar ni á Brissot, ni á Vergniaud, ni á Gensonné, ni á Guardet.» ¡Cuán terrible acusación y cuán infundada! Leyéndola tras un siglo de haberse pronunciado, todavía subleva la conciencia y provoca el estómago á náuseas. No comprendo cómo puede haber partidarios sistemáticos del inquisidor infame que se llama Robespierre. Si no tuviera el pasivo de su cuenta más falta que este discurso, bastaría él sólo para deshonrarlo y perderlo ante la más remota posteridad. Robespierre se presenta más odioso que Marat aun en esta hora. El tribuno sanguinario proponía los degüellos con franqueza, en el vértigo de una espontaneidad muy dementada que lo hacía irresponsable casi; pero el tribuno hipócrita mueve á iguales crímenes con una intención redomada y jesuítica, verdaderamente imperdonable. Robespierre se nos aparece como el verbo de todo terror y como la personificación del más horrible entre todos los afectos, como la personificación del odio. Así no creía lo mismo que sustentaba, no creía en la traición de la Gironda y de los girondinos, á quienes aborreciera, no por traidores, por émulos.

En los espasmos de tal afecto cruel, acusa el inquisidor á la Gironda entera de aquello que más le enaltece; de haber aceptado y sostenido una guerra con los Reyes, mediante la cual, por esas identidades entre los contrarios que muestra la filosofía, los derechos del hombre se difundieron por todos los abismos de la sociedad, y oxidaron todas las bayonetas del ejército reaccionario. Luego, no se comprende que se dé á los girondinos en rostro con un sentimiento tan profundo y tan humano como su repugnancia invencible á los saqueos de Marzo y á las matanzas de Septiembre. Mucho tiempo ha transcurrido ya desde tales crímenes, y, sin embargo, aún apoyan las bases en que se funda toda reacción, y aún mantienen pedazos enteros de sus rotas cadenas sobre las espaldas del pueblo. Sólo un bandido puede alabar los saqueos de Marzo, como sólo un asesino puede justificar las matanzas de Septiembre. Robespierre, en esta parte de su discurso, me parece más criminal y más odioso que los mismos sicarios, cuyas manos ensangrentadas esgrimían el cuchillo de la demagogia en los calabozos de París. Estos asesinos perpetraban un crimen particular

y aislado, mientras Robespierre elevaba este crimen á ley general de procedimiento para defender y salvar la democracia en París, cuando la perdía y la deshonraba. Proceded, nuestra moral dice, de tal suerte, que cada uno de vuestros actos personales pueda presentarse como ejemplo y modelo á todos los hombres, como ejemplo y modelo que seguir é imitar en sus acciones y en su vida. Robespierre, predicando el asesinato, se ponía en la esfera de lo criminal más bajo, mucho más bajo, que los verdugos de oficio y que los asesinos de inclinación. Ante tantas propiedades violadas, ante tantos cadáveres hacinados, Robespierre no encuentra más que una justificación vaga é incierta en la palabra indefinible de justicia revolucionaria, como si la justicia revolucionaria pudiera estar en oposición abierta con la humana justicia. Yo creo que si hubieran escarpado tras su muerte los anatómicos el cadáver de Robespierre, no le hallaran entre sus entrañas la entraña del corazón. Por no tenerlo aquel hombre, ajeno á toda sensibilidad, no solamente ignoraba el daño inferido á sus cooperadores en la obra revolucionaria; ignoraba el daño que se infería tristemente á sí mismo, pues tan grande político no sabía una palabra de la misma realidad que lo circundaba. Si hubiera tenido en su entendimiento un asomo de previsión y en sus entrañas un poco de sensibilidad, que conduce á los presentimientos y á las adivinaciones de lo futuro, viera junto al cadalso que levantaba ciego bajo los pies de la Gironda su propio deshonroso cadalso. El final de su acusación no tiene nombre. Yo no encuentro entre la riqueza de adjetivos que hay en castellano frase calificativa de semejante maldad. Presentar metidos en un saco á los Borbones, á los Orleans con la Gironda sobrepuja á cuanto puede imaginarse de más perverso; pues los Orleans á la continua estuvieran adscritos á los montañeses, por miedo de que la Montaña con sus glaciales témpanos ó con sus volcánicas erupciones se les viniera encima y los aplastase para siempre. Robespierre no era más que un fiscal. Su profesión estaba sin acusar sin tregua y en acusar sin medida. Cuando alguna de sus víctimas, amenazada por el frío cuchillo de sus cortantes frases, se retorció en su asiento, reía de la pena que le procuraba con sarcástica risa. En este horrible discurso lanzó al final una siniestra carcajada como aquellos que la tradición atribuye al diablo cuando coge una presa para el infierno. Él mismo calificaba irónicamente de sacrilegio lo que sacrilegio real era, sacrilegio imperdonable; aquella terrible acusación á la Gironda que debía levantar un cadalso donde no sólo cayera diezmada esta gran escuela, donde cayeron todas las escuelas revolucionarias, la escuela jacobina con todas ellas por culpa de Robespierre. Vergniaud sube á la tribuna y reclama que le concedan la facultad y derecho de responder en el acto. La Montaña y las tribunas, identificadas en afectos comunes siempre, aplauden la oración final de Robespierre con entusiasmo delirante. Por varios minutos el primer orador de la Gironda no pudo ser oído. Mas acabados los aplausos por el cansancio de los alabarderos, Verniaud pronunció el siguiente discurso:

«Con profundísimo dolor, me levanto á responder y contrastar ese discurso, apesadum-